

«número de las cosas santas, y pertenecen á
 «la Iglesia. Por tanto, cualquiera que roba,
 «arruina, saquea, y usurpa la herencia del
 «Señor y de la Iglesia, debe ser tenido por
 «sacrilego, mientras no haya expiado su de-
 «lito y satisfecho á la Iglesia, y si persiste en su
 «usurpacion, sea excomulgado.” Y como ad-
 vierte Loaysa en sus Notas sobre este Conci-
 lio, *letra D.*: “Las obras de muchos sábios
 «escritores, que sería muy largo enume-
 «rar, prueban cuan grande delito es des-
 «pojar la Iglesia de los bienes que de bue-
 «na fe la donaron los fieles y destinarlos á
 «otros usos.” Y refiere en prueba de ello una
 ley sacada de la constitucion oriental de Ba-
 silio el Joven, que anula como impia, teme-
 raria é insultante á la Divinidad otra ley an-
 terior de Nicéforo Focas, que se atrevió á
 usurpar las riquezas de la Iglesia y de los
 Monasterios, y prohibió que en adelante no
 se les donasen bienes inmuebles. Pero digno
 sobre todo es de particular mencion en este
 punto el voto expreso del pueblo de Francia
 á Carlo Magno para que no se obligase al
 Clero á que contribuyese á los gastos de la
 guerra. “Os declaramos, decian los represen-
 «tantes de la nacion al Emperador (capítul.
 «tom. 1. pag. 405.), que no pretendemos nos-
 «otros forzarlos (á los Obispos) á que con-
 «tribuyan para los gastos de la guerra; ár-

«bitros serán de dar lo que gustaren; no es
 «nuestro ánimo despojar á la Iglesia, antes
 «por el contrario quisiéramos aumentar sus
 «riquezas si Dios nos facilitase medios de
 «efectuarlo, bien persuadidos de que esta libe-
 «ralidad será la comun salvacion, y por ella
 «mereceremos la proteccion del Cielo. Sabe-
 «mos que los *bienes de la Iglesia estan con-*
sagrados á Dios; que son las ofrendas de
los fieles y el rescate de sus pecados, y que
 «si alguno tuviese la temeridad de despojar
 «á las Iglesias de los dones que los fieles han
 «dedicado al Señor, cometeria un sacrilegio,
 «y es necesario estar ciego para no recono-
 «cerlo. Cuando uno de nosotros dona su pa-
 «trimonio á la Iglesia, *es á Dios mismo á*
quien le ofrece y le consagra, y no á otro
 «alguno, como lo prueban las acciones y
 «las palabras mismas del donante: en efecto,
 «este hace una escritura de lo que quiere
 «donar, y se presenta con ella en la mano
 «delante del Altar, y dirigiéndose á los Sa-
 «cerdotes y Ministros de aquella Iglesia, dice:
 «Yo ofrezco y consagro á Dios todos los bie-
 «nes mencionados en este escrito para la re-
 «mision de mis pecados, los de mis padres,
 «y de mis hijos, parientes &c. Cualquiera
 «que se los apropie despues de semejante con-
 «sagracion, ¿no cometerá un verdadero sa-
 «crilegio? Apoderarse de los bienes de un cual-



„quiera es un hurto; mas defraudar ó quitar los bienes de la Iglesia, es sin duda alguna un sacrilegio. A fin pues de que todos los bienes eclesiásticos sean conservados en lo futuro en su integridad por vos, por nosotros y por nuestros respectivos sucesores, os suplicamos mandeis insertar esta nuestra petición en los archivos de la Iglesia, y darle lugar entre nuestros capitulares.” El Emperador adhirió plenamente á una instancia en que van expresadas las verdaderas ideas que sobre la usurpacion de los bienes eclesiásticos se deben naturalmente concebir; pues cualquiera que sea de timorata conciencia no podrá menos de conocer que semejante usurpacion lleva consigo tres pecados; el de sacrilegio para con Dios, á quien está consagrado el patrimonio eclesiástico; de hurto á la faz de la Iglesia y de los Sacerdotes que lo administran y lo disfrutan; finalmente de injusticia y violacion de la buena fe para con los difuntos testadores y donatarios, que ofrecieron al Señor en sacrificio de expiacion y en señal de obsequio sus propios haberes, no para que fuesen presa de manos profanas, y sí solo á fin de que sirviesen para aumentar y mantener el culto del Dios verdadero, y procurar los debidos sufragios á sus almas, doble objeto de infinitos piadosos legados que existen, y que actualmente quedarán sin cumplirse.

Ni la Iglesia, empezando desde los cánones dichos apostólicos, que son ciertamente de sus primeros siglos (*cánon 41*) y llegando hasta los tiempos mas modernos del Concilio de Trento, habria reservado exclusivamente á sus Pastores la administracion de los bienes eclesiásticos, ni usado de tanto rigor contra sus usurpadores, si no los hubiese considerado como propiedad inviolable y sagrada del Dios verdadero. El infrascripto cree inútil recordar sobre esta materia los Concilios y las Constituciones Pontificias citadas en su Nota de 25 de setiembre, á la que se refiere totalmente por lo que toca á los anatemas que en todos los siglos han fulminado siempre los primeros y las segundas contra los que han robado el patrimonio de la Iglesia.

Esto supuesto, ¿qué deberá decirse del decreto por el cual el Congreso nacional quita á la Iglesia de España todos los bienes que actualmente posee? Que dicha asamblea ha podido muy bien por un olvido momentáneo, y diré involuntario, de los principios expuestos haberlo adoptado, pero que fiel seguramente á la Religion de sus padres que ha jurado mantener pura é ilesa, protegiéndola contra toda hostil agresion, no tardará en dar un brillante testimonio de sus religiosos sentimientos, reconociendo la necesidad

de proceder en cualquiera de semejantes medidas plenamente de acuerdo con la Iglesia.

En vano se trataria de cohonestar el despojo de la *propiedad eclesiástica* con la aparente ventaja que dicen redundará al Clero del nuevo sistema de diezmos. Si bien el infrascripto habia ya declarado que impugnaba los *principios* y las *doctrinas* de la usurpacion, y que no se lamenta de su mayor ó menor perjuicio; sin embargo no se detendrá en asegurar que la pérdida del Clero en sus propiedades es inmensa, y mas exorbitante de lo que puede creerse, y que por el contrario la supuesta compensacion de los diezmos es harto problemática, bastante quimérica, y sin duda en cualquiera mas feliz, pero no fácil hipótesis tenuísima, y que jamas se podrá ni remotamente poner en parangon con los bienes adjudicados al Estado.

El Gobierno debe ciertamente acordarse que el Ministro de Hacienda en la memoria que con fecha de 4 de setiembre del año próximo pasado presentó á las Cortes sobre el *Crédito Público*, calculó que los bienes eclesiásticos que proponia aplicar á aquel establecimiento subirian á *diez y ocho mil millones de reales*. Y aun dado que semejante cálculo se tenga por excesivo, y deduciendo tambien de él el valor de los bienes de las corporaciones regulares ya disueltas, ello es sin

embargo cierto que la *mitad del diezmo*, única actual herencia del Clero, jamas podrá reemplazarlo ni en la mas mínima parte. Es verdad que el Estado ha renunciado á gran parte de las rentas que sobre el fondo decimal tenia, mas esta renuncia no basta por sí misma para indemnizar al Clero de la pérdida que sufre en los diezmos solos, atendida su actual reduccion. Y en efecto, quedándole solo la mitad de la masa total de los diezmos, y suponiendo que el Estado renunciase á los cinco novenos que ha percibido hasta ahora, claro está que la utilidad de la Iglesia no sería mas que de un *diez y ocheno*, cuya utilidad que al primer aspecto podia parecer habia logrado, se desvanece enteramente cuando se considera que la tal *décima octava parte*, y aun mucho mas que ella, queda embebida en el subsidio de los treinta millones, en el fondo pio benefical, y en las rentas de las sillas y beneficios vacantes que el erario público se reserva. Y es tan grave y tan enorme esta cantidad ó cuota que el gobierno se apropia sobre los diezmos, despues de quedar reducidos á la mitad, y despues que el Clero no tiene absolutamente otro arbitrio, y que con esta mitad sola ha de procurar su propia subsistencia, y ha de proveer al culto público; que no nos equivocaremos en asegurar que basta para

balancear y aun hacer ilusorias las ventajas que deberian resultarle de la percepcion de la mitad de los diezmos laicales. Por lo demas, la renta decimal no es tan pingüe como la pintan las Córtes. Los quinientos millones anuales que supone la comision de Hacienda, apenas se exigian en 1808, es decir, antes de todas las revoluciones y guerras que han mudado enteramente el orden político y económico de las cosas; desde aquella época los diezmos han decaido insensiblemente, de tal modo, que ahora estaban muy lejos de llegar á cuatrocientos millones, cuya mitad cargada como se ha dicho por mas de un título por el Gobierno, no se ve absolutamente como podrá ser suficiente para ocurrir á las mas imperiosas y urgentes necesidades que la falta de la propiedad eclesiástica deja en la Iglesia de España.

Mas cualquiera que sea el mayor ó menor, ó ningun daño, que la *disminucion* de los diezmos ocasione al Clero, el infrascripto no debe disimular la ofensa que reciben las sanciones canónicas con este paso que contra ellas se ha permitido dar la autoridad civil. Dejando á un lado la opinion, hoy dia abandonada, de los mejores teólogos y canonistas, que los *diezmos* deben pagarse de derecho *divino*, ello es siempre cierto "que los *cristianos*, segun santo Tomas, *estan obliga-*

ados á pagarlos, sea por derecho natural, sea por institucion de la Iglesia." (D. Thom. 2. 2. q. 87.), la que habiendo hecho de ello un precepto especial á los fieles, no puede de ninguna manera dispensarles sin su consentimiento. Este precepto considerado despues como *moral*, se refiere á la obligacion que tienen los cristianos de ocurrir á las necesidades de los ministros del Altar; obligacion, dice el ya citado ilustre Doctor, impuesta por Dios en el Evangelio (S. Math. 10), *dignus enim est operarius cibo suo*: de donde se colige que si por una parte la cuota decimal no depende del derecho divino, no deja de ser por eso un objeto privativo de la jurisdiccion eclesiástica, que la Iglesia se reservó esclusivamente desde los primeros siglos, en que enfriándose la piedad ardiente de los fieles que corrian á depositar sus bienes á los pies de los Altares, fue preciso obligarlos á suministrar lo necesario para su existencia. Esto lo atestiguan ampliamente las llamadas Constituciones apostólicas (lib. 7. cap. 34.), el Concilio Gangrense celebrado en el siglo IV, que supone ya vigente el diezmo eclesiástico, y los infinitos Concilios particulares y generales celebrados despues, como igualmente las decretales de los Sumos Pontífices, en fuerza de las cuales se prohíbe expresamente á la autoridad temporal dispensar á cualquiera que

sea del pago de los diezmos. *Decret. lib. 3 de Decimis, cap. 23 tua.*

Quedando por tanto reconocido ser esta una materia que pertenece á la Iglesia, la potestad civil no tenia derecho de entender en ella sin el concurso de la autoridad eclesiástica, y mucho menos de decretar por sí sola una disminucion, cualquiera que sea, de los diezmos que el sacrosanto Concilio de Trento (Ses. 25. de Reformat. cap. 12.) manda pagar *integramente* del mismo modo que lo tenían dispuesto los Concilios anteriores.

Quizas se contestará á esto que la *integridad* de los diezmos se guarda atendida la renuncia que hace el Gobierno de las muchas gracias apostólicas que le estan concedidas sobre aquellos; pero si, por lo que ya llevamos expuesto, hay suficiente motivo para dudar de semejante *integridad*, sin embargo, aun admitiéndola, resulta con todo de las innovaciones adoptadas que todas las gracias apostólicas, hasta aqui concedidas sobre los diezmos, quedan radicalmente nulas, y que el Gobierno no tiene ya derecho alguno ni sobre las rentas de los beneficios vacantes, ni sobre el fondo pio benefical, ni sobre los treinta millones, que de su propia autoridad quiere convertir en un *subsidio perpetuo*, y que no guardan proporcion con las rentas del Clero, despues de las grandes pérdidas que

éste sufre. Y si el Gobierno persiste en querer imponer semejantes cargas á los diezmos restantes, no se salva de ningun modo su *integridad*, ó á lo menos el patrimonio eclesiástico que se forma de ellos queda violado sin la debida autorizacion, y en ambos casos se procede contra el tenor de las leyes eclesiásticas.

Y tanto por lo relativo á los diezmos, como por lo que toca al despojo de los bienes eclesiásticos, se lisonjea el infrascripto que penetrándose el Gobierno de la muy urgente é indispensable necesidad de que intervenga la potestad espiritual, no tardará en recurrir á ella, suspendiendo entre tanto el efecto de todas aquellas disposiciones que se opongan á las leyes de la Iglesia, pues que las primeras, para hacer la felicidad del Estado, es necesario se atemperen y pongan en plena armonía con ellas. Su continuo choque no podrá dejar de producir males muy deplorables. "Infeliz Reino aquel (exclamaba un ilustrado prelado de Francia) *cuyas leyes son incompatibles con las de la Iglesia.*" (M. Juigné, Arch. de París, lett. Pastor. 7 fevrs. 1791.) ¿Cómo ha podido jamas la potestad temporal entrar en lucha con la eclesiástica; cómo el orden civil de los negocios públicos puede estar en contradiccion con el *espiritual* de la Iglesia? Ambos señalados por Dios, ambos

emanados de una misma suprema autoridad, ambos colocados por la eterna Providencia bajo el imperio de sus inmutables leyes, aunque establecidos de un modo distinto, su destino no es sin embargo el de estar divididos, y chocarse. "¿Acaso el orden de Dios (decia el grande Bossuet hablando de este asunto en su discurso sobre la unidad de la Iglesia) se opone al orden de Dios? ¿No reconocéis que nuestros recíprocos deberes se dirigen á un solo objeto, á saber, que sirviendo á Dios se sirve al Estado, y que sirviendo al Estado se sirve á Dios? Pero por desgracia la autoridad es ciega, siempre quiere elevarse, y siempre estenderse, y se cree degradada cuando se la señalan sus límites..... Felices los Monarcas y los Reinos que obedecen á la Iglesia Romana. ¿Qué ceguedad mayor que la de los Reyes cristianos que procuran librarse de esta obediencia, sacudiendo, como dicen, el yugo de Roma que llaman extrangero, como si la Iglesia dejase de ser universal, ó que la union de tantos Reyes cristianos que forman un solo Reino, pudiese ser extraña á los cristianos? ¿Qué error cuando creen constituirse mas independientes con sujetar y esclavizar á la Religión, á la que deben toda la fuerza y la inviolabilidad de su poder!..... Temblad á la sola idea de division; acordaos de la suerte

»desgraciada de aquellos pueblos, que habiendo roto la unidad, se han separado y dividido en otros tantos trozos, y no hallan ya en su Religion mas que la confusion del abismo, y el horror de la muerte."

El infrascripto con la dulce esperanza del mas feliz éxito de esta representacion, suplica al Excelentísimo Señor Caballero Bardaxi se sirva elevarla al conocimiento de S. M. C. para los efectos convenientes, y admitir el testimonio de su mas alta y distinguida consideracion, &c.

Madrid 30 de mayo de 1821. — El Nuncio Apostólico.